

# **La Botella F.C. ¡La 10 a la cancha!**

Daniel Baldi

loqueleg

## Nota del autor

7

Con la segunda parte de La Botella F.C. terminada y una primera por demás leída, solo me resta decirles a todas las instituciones que son mencionadas en la obra, gracias. Pensé que alguna podría llegar a ofenderse por la descripción que hice, pero, por el contrario, solo recibí palabras de agradecimiento.

Para la gente que no conoce a Plaza, El General, el Real de San Carlos, Sarandí, Juventud, Peñarol de Colonia y Nacional de Colonia, quiero señalar que son instituciones humildes y laboriosas de la ciudad de Colonia del Sacramento, y que todas difieren de la descripción que se les hace en esta novela.

Quiero dejar claro que las menciono porque gracias a ellas uno pudo jugar al fútbol con tanto ahínco y tesón, disfrutando cada partido en que le tocó enfrentarlas.

La Botella F.C. no existe. Es un club inventado, pero mi querido y recordado club Otto Wulff sirvió muchísimo para inspirarme en la creación de los personajes.

En fin, aclarado todo, quiero terminar agradeciéndoles por las hermosas críticas recibidas y por haberme prestado parte de su tiempo leyendo la obra. De nuevo, gracias.

8 Piriápolis era el lugar preferido de Jorge para pasar unas buenas y, como él solía denominar, regeneradoras vacaciones. Por ese motivo, cada verano, Jorge trataba de reunir la cantidad de dinero suficiente para poder regenerarse, o bien desenchufarse al menos diez días.

Desde que había comenzado a trabajar en el banco, hacía más de una década, durante todo el año, mes a mes, trataba de ir ahorrando peso a peso, moneda a moneda para que, cuando llegase enero con su calor característico, él, Titina y Laura pudieran alquilar una casa en Piriápolis.

Sin duda el año que finalizaba había sido difícil para él. En el plano laboral y por una nueva ley implantada por el gobierno, se le habían terminado las horas extras en el banco. En el plano deportivo, La Botella se había convertido en la actividad en la que había depositado más energía, tanto mental como física. Realmente, mucho estrés en el último tiempo. De modo que, para poder irse de vacaciones había tenido que realizar otro esfuerzo supremo a los efectos de terminar todo como cada cosa

que se proponía en la vida: con éxito. Una vez obtenido su trofeo, Jorge se disponía a pasar, en completa paz, los diez días durante los cuales había alquilado la casa.

Encontrar una que fuera adecuada había sido otro arduo desafío. Cuando Titina dio con una persona que de manera presurosa y servicial les ofreció lo que andaban buscando para los primeros diez días de febrero, no dudaron en aceptar. Antes de decidirse a alquilarla, Jorge le había comentado a su mujer que no había nada en el mundo que le importara más que la idea de descansar unos días bajo el sol del este.

Por fin, cuando empezó febrero, la familia Rodríguez partió rumbo a ese mágico lugar rodeado de cerros y agua cristalina: Piriápolis. Pero los primeros dos días no brindaron la paz que Jorge tanto ansiaba encontrar.

La casa, reluciente e inmaculada en los catálogos del señor de la inmobiliaria, resultó ser bastante menos prolija en la realidad. Paredes con pintura desvaída y manchas de humedad (con todo su repugnante olor característico) y una suciedad que parecía estar pegada a cada mueble y sector reinaban en la vivienda. Las cuarenta y ocho horas iniciales fueron un verdadero caos.

Antes de desmayarse, Titina decidió que había que ponerse a trabajar de inmediato, no sin antes llamar por su celular al señor de vocablos rápidos de la inmobiliaria para decirle mil cosas diferentes que no tenían nada que ver con felicitaciones ni deseos de volverse a ver.

Recién al tercer día de vacaciones Jorge pudo permitirse caer desplomado sobre el sofá del living y gozar de la

tranquilidad y confort que el limpio y soleado inmueble, ahora sí, había comenzado a ofrecerle. Esa misma noche, después de haber hecho playa durante toda la tarde, a Jorge se le ocurrió la brillante idea de ir a cenar afuera.

10 El verdadero motivo de su sugerencia no era comer algo rico, sino el afán de desenmascarar una duda que lo venía acorralando desde principios del día. No bien terminada la limpieza de la casa, esa misma mañana, Jorge había comenzado a notar que lo que pretendía ser una alegría parecía haberse transformado en lo opuesto para su mujer, quien, desde que había salido del baño, una vez pasado el último fregón, había comenzado a estar dispersa y silenciosa, como si mientras estuvo sentada en el wáter hubiese sufrido una experiencia paranormal.

Intuyendo que no estaba disfrutando de la estadía, Jorge se juró que no dejaría pasar esa noche sin conocer el enigma. Pero una vez que los tres estuvieron sentados a la mesa del céntrico restaurante, fue Titina quien se anticipó y, con una voz tenue, dijo:

—Tengo una noticia para darles.

Tanto Jorge como Laura decidieron dejar lo que estaban haciendo y prestarle atención, mientras internamente comenzaban a librar una batalla contra la curiosidad. Titina caviló un momento con los ojos encendidos.

—Lo que quiero decirles... —dijo y tomó una bocanada de aire— es que... —dudó— ¡estoy embarazada!

En ese instante, a Jorge se le atascó una miga de pan en la mitad de la garganta y tuvo que esperar un minuto para poder hablar, mientras tomaba agua a trompicones, tratando de no morir ahogado.

Cuando logró recuperarse, dijo lo único que se le ocurrió:  
—Te felicito, mi amor.

A continuación, adelantando el torso sobre la mesa, y ayudándose con las manos apoyadas al costado del plato vacío, se unió a ella en un beso, mientras Laura los miraba sin emitir ni media palabra.

Cuando volvió a su lugar, Titina, que parecía ser la menos conmovida de los dos, se dirigió a su hija:

—Lauri, mi amor —dijo un tanto preocupada, al tiempo que le acariciaba el pelo—, ¿qué te parece?

11

Laura demoró unos segundos en contestar. Lo que su madre había anunciado en la mesa le había caído como un balde de agua helada. Pensar que ahora sus padres ya no estarían más para ella sola y que de repente tendría que comenzar a compartirlos con un nuevo integrante de la familia la hacían sentirse un poco triste, aunque, al mismo tiempo, recordaba que siempre le habían gustado los bebés, de modo que no entendía el conflicto que estaba comenzando a originarse en su cabeza.

—Creo que está bueno —musitó sin quitar la vista de la mesa.

En ese instante, el mozo llegó con los pedidos de cada uno. Depositó un plato de pasta frente a Titina, una milanesa con puré frente a Laura y un pescado de mar en el lugar correspondiente a Jorge. Entonces, Jorge le pidió que trajera una botella de champaña. El mozo, de cara regordeta y cuerpo rollizo, le regaló una sonrisa satisfecha antes de partir enérgicamente hacia el interior del restaurante.

—¿Vos estás loco? —le dijo Titina una vez que volvieron a quedarse a solas, sin poder dejar de sonreír ante la ocurrencia de su marido.

—Si no festejamos hoy, ¿cuándo lo vamos a hacer? —replicó Jorge, enarcando las cejas—. ¿No es así, Lauri?

Ahora Jorge había desviado la conversación hacia su hija, quien seguía muda y con la cabeza gacha. Laura levantó el rostro con educación y le regaló una falsa sonrisa, apelando a un esfuerzo descomunal para lograrla.

12

Cuando Jorge iba a inquirir qué le pasaba, la champaña llegó a la mesa dentro de un balde de metal. De inmediato y con una disposición tan acelerada como efectiva, el mozo descorchó la botella y sirvió su contenido en tres copas diferentes. Sonriente, les deseó buen provecho.

—Para que dentro de nueve meses seamos cuatro —dijo Jorge levantando la copa—. Gracias a las dos por darme la posibilidad de tener una familia tan maravillosa.

A continuación, juntaron los cristales en el centro y bebieron un trago (a Laurita la dejaron probar apenas) celebrando la noticia de Titina.

Cuando regresaron a la casa, Laura se fue para su cuarto sin lograr esclarecer lo que estaba pasando dentro de ella. Desde que su madre había anunciado que esperaba un hijo, había comenzado a experimentar emociones encontradas que iban desde la felicidad plena a la angustia profunda.

Imaginar que a partir de ese momento, indefectiblemente, quedaría relegada a un segundo plano, y que

cuando ese bebé llegase, sus problemas, curiosidades, inquietudes o bien felicidades serían siempre menos importantes que las del bebé, se le hacía intolerable. Así fue como, aturdida de pies a cabeza y sin lograr remediar un ápice la agobiante situación que se cernía en su interior, fue sintiéndose vencida por el sueño hasta que se quedó profundamente dormida.

Mientras, en el cuarto matrimonial, Jorge y Titina debatían el tema desde otro punto de vista. Ambos recordaban lo que Titina había sufrido en el primer embarazo: fuertes náuseas y vómitos la habían acometido durante los primeros cinco meses, al punto de que tuvo que pasar internada en una cama de hospital, alimentada a base de suero debido a la poca tolerancia a los alimentos que presentaba.

Luego de esa sufrida y traumática experiencia para ambos, por suerte y gracias al destino, en el quinto mes de embarazo Titina finalmente pudo salir de la internación, y Laurita, quien pese al malestar de su madre había podido crecer con normalidad dentro de la panza, nació a los ocho meses y medio sin ningún tipo de problemas. Tras ese episodio, ambos se habían jurado no pasar de nuevo por esa situación. Pero ahora, todo parecía cambiar.

Haciendo acopio de toda su diplomacia, Jorge se animó a preguntarle si estaba dispuesta a pasar por lo mismo de aquel entonces. Titina, sin titubeos, contestó que sí con toda seguridad.

—Si pasó de nuevo es porque tenía que suceder. ¿No es así?

Jorge la miró con ternura y estuvo a punto de llorar en el momento en que ambos se abrazaron sobre la cama. Esa noche ninguno de los dos logró conciliar el sueño. Por sus cabezas rondaban viejos temores que creían haber dejado muy atrás en el tiempo.